

**Abelardo Martínez Cruz**

**Terra levis**

Para Josefina.

Para Marta, Miguel, Ana e Irene, imprescindibles

## ÍNDICE

Primera parte: Paisajes efímeros	5
<b>1. Vero</b>	6
<b>2. Tulo</b>	29
<b>3. Paisaje efímero</b>	41
Segunda parte: El nudo del tiempo	47
<b>1. El tiempo retenido</b>	48
<b>2. La tenue luz del amanecer</b>	105

... Y yo me iré.

Y tocarán, como esta tarde están tocando,  
las campanas del campanario.

(J.R.Jiménez)

Vi los Soliloquios, el libro de Marco Aurelio, sobre la mesa del escritorio y no pude explicarme cómo había aparecido allí ni quien lo habría dejado con malicia, como si lo hubiese olvidado o con cierto descuido provocador lo pusiera próximo a la esquina del tablero, de tal manera que yo no tuviera más alternativa, al entrar, que verlo y sorprenderme, tomarlo entre mis manos y hojearlo, obligándome a repasar algunas páginas que tanto había leído, siendo joven. La presencia incitadora del tomito me remitió a mi edad de mozo torpe, cuando tuve la ocasión de descubrir todo aquel torrente de pensamientos estoicos que llegaban de tiempos remotos y condicionaban ineludible un modo de ser y de pensar, influyéndonos sin saber de dónde procedían las ideas que aceptábamos en la actualidad. La biblioteca era una gran sala donde descubrí muchos pensamientos heredados por la posteridad. La imaginaba un enorme navío que se fuese deslizando con su cargamento ideal por el río del tiempo hasta llegar a nosotros, portando levemente el cúmulo de reflexiones que se transmitían durante años, durante siglos. Hasta mí habían llegado aquellos pensamientos que descubrí en la lectura, los encontré sugerentes, dignos de ser asumidos, y juzgué lo que hubiésemos perdido los hombres actuales si aquellas ideas hubieran desaparecido de nuestra consideración y no tuviésemos ocasión de repasar unas enseñanzas que muchos años antes habían sido escritas por un autor desconocedor de las diversas vicisitudes por las que pasarían sus meditaciones, ni de cómo un adolescente en un tiempo distante se entusiasmaría leyendo y releendo en silencio las reflexiones que con otras intenciones él fue anotando. Había páginas que enseñaban a ser hombre.

Ahora, cuando volvía ocasionalmente a coger y releerlas, llegaron a mí muchos recuerdos incontrolados.

**Primera parte: Paisajes efímeros.**

1.- *De mi abuelo Vero: el buen carácter y la serenidad.*

La ciudad se había construido en la plataforma sobre las rocas calcáreas que simulaban rostros humanos y allí pasé mi infancia. No conocí otra vida diferente y desde un principio los moradores de mi casa me fueron tan habituales como los perfiles rocosos sobre los que se cimentaba la ciudad. Me acostumbré a unos y otros. Conocí *Valeria* como un elemento natural, casi como una excrescencia salida de las rocas sobre las que se asienta una porción del poblado.

Mis antepasados fundaron esta ciudad en el centro de Hispania donde fui feliz saludando cada día al sol que cruzaba por un cielo puro sin nubes. Fui protegido bajo la tutela de mi abuelo Vero cuando quedé huérfano, junto con mi madre y mi hermana. De él mantengo una consideración singular que no puedo dejar de manifestar en todo momento.

Mi atención no he podido apartarla de mis actos y mis reflexiones personales no pueden tener otro tema diferente, por eso han sido y siguen siendo mis recuerdos el único asunto sobre el que discurro y, por tanto, sólo de cuanto puedo hablar y escribir, es decir, trataré *sobre mí mismo*.

Cuando alcancé la juventud se me abrieron los ojos, permitiéndome descubrir un nuevo sentido en las cosas y en los hechos que llenaban el mundo familiar y pequeño mientras fui

niño, como si a un ciego se le fuera desvaneciendo su ceguera poco a poco. Luego he ido comprobando que cada día era una ocasión propicia para desvanecer otras ofuscaciones, porque lo emocionante de vivir ha sido siempre admirar el mundo en las nuevas manifestaciones de cada día, como si fuese un mundo renovado y recién estrenado con la luz cotidiana del sol. Las cosas y los sucesos llegan a nosotros con novedosos reflejos y alargan sus sombras o las recortan según los veamos.

En mí ha dominado una visión pesimista cuando he percibido la vida y he sólido ver el lado oscuro de cuanto he atendido. A veces me pregunto si ha tenido justificación el desprecio de lo que me rodeaba, a pesar de serme todo favorable. No sé contestarme y creo que no he sido dueño de los sentimientos que me han dominado y han oprimido mi corazón y mi ánimo. Si por fortuna podemos dominar la naturaleza humana que nos ha sido asignada a cada uno, en mi caso no he sido durante toda mi vida capaz de torcer esos sentimientos melancólicos a los que mi inclinación me ha impulsado.

He podido comprobar a lo largo de mi vida que en el mundo existen hechos admirables y hombres con unas virtudes ennoblecedoras. Además, he visto gentes apestosas, envidiosas y cuya alma alentaba rencor y resentimiento, supuraba; pero en la balanza entre el bien y el mal no sabré decir qué pesa más, aunque pienso que si el mal dominase y prevaleciese sobre el bien, el mundo se destruiría sin paliativos.

De mis mejores momentos en la ciudad asentada sobre la plataforma rocosa, mantengo recuerdos emotivos, lejanos y un poco desdibujados, quizá falseados por el tiempo transcurrido desde entonces. Los he retenido *para mí mismo*, tan sólo para mí, para poder mantener una fidelidad hacia mis iniciales convicciones y de este modo ser auténtico.

También he querido ser fiel a la enseñanza de mi familia, sobre todo de mis abuelos Vero y Tulo, de quienes hablaré con frecuencia; fiel a mis maestros, y ser fiel a unas gentes lejanas y borrosas que recorren mi mente envueltas en oscuros recuerdos. Es una suerte poder hacerlo.



Fue Vero mi primer mentor, hace ya quince años, cuando yo era todavía un párvulo y sólo me entretenía jugando con mi hermana y las nodrizas que en mi casa había. Casi no recuerdo los inicios, pero sí puedo evocar a aquel anciano enjuto, exigente y cumplidor con la república en este lugar apartado de Hispania, hasta el punto que su honradez y su rectitud fueron méritos suficientes para que lo propusieran como uno de los dos duunviros en *Valeria*, esta ciudad lejana de Roma, donde debía interpretar las leyes procedentes del Senado y de los cónsules que residían en la Ciudad imperial.

Con anterioridad, las disposiciones administrativas de Vespasiano permitieron la instalación de mi bisabuelo en *Valeria*, procedente de la Bética. Eran momentos difíciles para el Imperio y la organización de los municipios precisaba de unos administradores capaces de entender y aplicar el **ius latii** que el emperador había concedido a toda Hispania y por la que convertía a todos sus moradores en ciudadanos romanos, aunque nosotros, en *Valeria*, ya lo éramos. Vespasiano se vio necesitado de restaurar el Estado y promover la administración de los territorios y esa fue su primordial labor imperial, tras la guerra civil de Galba. La reconstrucción determinada desde Roma sobre Hispania fue motivada por la penuria de la hacienda imperial y se necesitaban los recursos de esta porción del Imperio además de reclutar legionarios y auxiliares para los ejércitos. A esta labor contribuyeron los Vero en este municipio interior, que sin duda ocasionó la paz y la estabilidad que disfrutábamos y permitía tranquilidad de ánimo a cuantos tuvimos la suerte de nacer después.

Otra rama de los Vero, procedente también de la Bética, se instaló en Roma, próximos al poder.

Mi abuelo me hizo comprender cómo el acatamiento de las leyes era el mejor modo de vivir, otorgándonos una excelencia sobre los bárbaros cuyas costumbres eran a veces incomprensibles para nosotros y desconocían cuánto significaban las palabras robar, matar, comprar, vivir en paz, ver lo que se debe hacer, algo que no se conseguía saber con los ojos, sino con la visión inteligente que todavía no han descubierto. La ley, por el contrario, exigía conocimiento y buena disposición para cumplirla y a cambio nos hacía libres a todos nosotros,

más libres que quienes se regían por la fuerza y el capricho de los jefes de las tribus que aquí, en Celtiberia, abundaban. No encontraba abusivas las leyes porque entendía que eran una precisión del orden advertido en la naturaleza, cuya eficacia llega hasta nosotros. Vivir de acuerdo a la naturaleza fue la enseñanza que me dieron y yo asumí, comprendiendo que en todo hay un equilibrio establecido y la armonía del universo lo hace hermoso y admirable. Posteriormente mi preceptor Demetrios, llegado desde Grecia hasta aquí en un largo periplo, me enseñó que todo cuanto vemos está en permanente armonía y por eso los griegos lo llaman *cosmos*, y nosotros, latinos, lo solemos llamar *mundo*.